

LOS CARLISTAS SE LIAN A TIROS

A PENAS era un chirimiri, pero no dejó de caer hasta que la Fuerza Pública ordenó despejar la campa. Entonces era ya tarde —alrededor de la una del mediodía— y se pudo contemplar al fin la cumbre del Montejurra despejada de nubes. En su ladera norte, entre las cruces octava y novena que señalan las estaciones del Vía Crucis, una bala acababa de atravesar el corazón de Javier García Pellejero, de 20 años. Los carlistas habían subido allí para honrar la memoria de sus caídos en las guerras carlistas de 1833, y 1873 y celebrar un acto de afirmación política de su partido.

A partir de ahora, Montejurra cuenta con una nueva víctima, después de más de cien años de paz.

Esta vez la conmemoración anual de Montejurra se anticipaba nebulosa. Lo que tradicionalmente no ha pasado de ser una romería para los más, o un acto político para los menos, ofrecía este año dos versiones: la primera, protagonizada por los partidarios de don Hugo que reivindica para su causa la concentración carlista; la segunda, era potenciada desde las páginas del periódico «El Alcázar», y pretendía adjudicarse el Montejurra 76 en favor de la Confederación de Combatientes que preside el señor Girón de Velasco.

Desde las primeras horas de la mañana del día 9, domingo, la campa que da acceso a las estribaciones de Montejurra, hace de aparcamiento para centenares de coches y autocares. En ellos vienen unas 5.000 personas, procedentes de los pueblos cercanos y de Valencia, Madrid, Cádiz, Barcelona, Vizcaya, Canarias... Alguno de ellos vienen gratis. Han recibido personalmente notificaciones de los gobernadores y de los Combatientes para que acudan a Montejurra.

El domingo aparece plomizo, y el valle del Ega a su paso por Estella, ofrece un aspecto propio de la región vasca más que de las últimas cadenas pirenaicas que separan el norte de Navarra de la vega del Ebro, al otro lado de Montejurra. Como es costumbre, el itinerario de la ascensión comienza en el monasterio de la Virgen de Irache. En sus inmediaciones, se encuentran apostados varios

La tradicional romería de Montejurra, con su religioso Vía Crucis, ha terminado esta vez en tragedia mortal.

Nuestra enviada especial, Inmaculada Gómez Mardones describe el desarrollo de los lamentables acontecimientos, aunque algunas de las versiones —dada la confusión— no sean coincidentes



Javier García tenía veinte años

Cuando partidarios de don Hugo decidieron llegar hasta la cumbre de Montejurra, fueron recibidos con disparos de pistola y metralleta. Javier García Pellejero, 20 años, recibió un tiro en el corazón. Murió en el acto

«jeeps» de la Guardia Civil. Dentro del monasterio están ya la hermana de don Hugo, María de las Nieves, y la princesa Irene de Holanda. A la salida, un grupo de jóvenes lanza gritos de «Viva Cristo Rey». Llevan brazaletes con la enseña nacional y un escudo alusivo al 18 de julio. Los partidarios de don Hugo protestan por lo que ellos consideran una provocación. Varias personas caen al suelo golpeadas con piedras y palos. «¿Qué es eso de Cristo Rey?», protesta Amalia López, de Zaragoza. Al instante, cae fulminada al suelo, sin conocimiento. Poco después aparecía con todo su vestido ensangrentado y nueve puntos de sutura en varias partes de la cabeza. Rafael Petrica, otro de los que allí se encontraban, fue atendido de una fuerte pedrada en la ceja izquierda. Se oyen disparos. Los que rodeaban a Irene y María de las Nieves superan en número a los atacantes y lo gran dominar la situación. En ese momento las fuerzas del orden público disuelven a los enfrentados, y la comitiva inicia la marcha hacia Montejurra.

«A quemar los periódicos»

Al llegar a la estación de la Telefónica, situada en la falda de la montaña, encuentran junto a un árbol a un vendedor de «El Alcázar» con un manojo de periódicos del día anterior en cuya portada coloreada aparece una fotografía bajo el título de «Montejurra en cuatro tiempos». Le dicen que eso nada tiene que ver con los actos de Montejurra. Se inicia una disputa. El vendedor se amilana y dice que él se limita a vender unos periódicos. «¡A quemarlos!», gritan otros. Se forma un corro en su entorno y se descubre que, tras el árbol, hay una furgoneta «DKW» con las siglas de papelería «Sarrió», una empresa situada a varios kilómetros de Estella. Alguien abre las puertas y en el interior aparece repleto de ejemplares de «El Alcázar». Frente a los que quieren incendiarla se levanta una voz de mujer, boina roja en la cabeza: «Eso lo harían ellos, vamos a quemar los periódicos y ya está». Se forma una cadena y van sacando los ejemplares para arrojarlos hacia las

alambradas que protegen en la estación de la Telefónica. Allí los prenden fuego mientras otro del grupo quita el tapón del cárter para vaciar el depósito del aceite.

Salvado el incidente, la comitiva sigue su curso. Poco antes de la cruz que señala la primera estación, y como en el resto de las estaciones, varios boinas rojas carlistas vigilan el paso. Allí se inicia el Vía Crucis. Comienzan el pesado ascenso hacia la cumbre. El camino es duro y muy costoso de sortear por los guijarros y el fango que surcan el sendero en la escalada. La mezcla de chirimiri y el «calabobos» dificultan aún más el ascenso que ofrece un aspecto insólito; entre el verdor de los matorrales mojados, se mueven pesadamente pendones morados de Castilla, banderas andaluzas, valencianas, castellanas, canarias, «Ikurriñas». Casi todos los grupos van provistos de barras de pan, botas de vino y viandas para distraer el cansancio. Algunos prefieren cantar himnos separatistas y lanzar gritos libertarios de todas las regiones españolas; hasta se vocean vivas por Portugal y el Polisario o canciones vascas.

La ascensión resulta durísima. Las banderas también se hacen pesadas después de empararse con el «calabobos», pero los escaladores se sienten felices. «Esto tiene mérito», dice una estellesa que carga con una banderola carlista: «Si no tuviera mérito no tendría gracia. Las cosas que cuestan son las valiosas», añade.

«¡Han disparado, han disparado!»

Cuando el grueso de la comitiva se encuentra en las primeras estaciones, llegan voces de los de arriba: «¡La Cruz Roja, los de la Cruz Roja!». La llamada va de voz en voz. Nadie le da importancia, porque dadas las condiciones meteorológicas, es muy posible que se hayan producido caídas. Poco después, todo el mundo hace paso a los socorristas de la Cruz Roja de Montaña que suben corriendo entre los matorrales con sus chubasqueros rojos, botiquín y camillas. Los montejurranos les aplauden a su paso.

Cuando difícilmente se accede al primer descansillo de Montejurra, se oyen aplausos y ruidos de murmullos. La gente se aglomera. ¿Qué pasa? De pronto aparecen rodeados por más boinas rojas, Carlos Hugo, su esposa Irene y la princesa María de las Nieves. Apenas se alejan las nubes por unos minutos, la cumbre del Montejurra se descubre totalmente: en el horizonte algunos hombres armados que festonean la cumbre. En el centro y bordeando

A QUEMARROPA

El excepcional documento gráfico muestra el preciso momento en que —según la mayoría de las versiones— uno de los sixtinos dispara su pistola contra un huguista y le alcanza a la altura del abdomen. Escenario: la plaza del Monasterio de Irache. Hora, 9,30 de la mañana. Día: 9 de mayo, domingo.

Los huguistas se reúnen para iniciar el Vía Crucis a Montejurra (1). De pronto se empieza a oír el redoble de unos tambores y aparece, formado, un grupo de partidarios de don Sixto (2). Los huguistas gritan: «¡Carlos Hugo, libertad!». Los sixtinos rompen la formación, enarbolan porras y comienza un enfrentamiento grave. Los huguistas, en mayor número y armados de palos, obligan a los sixtinos a retroceder: hay insultos, se tiran piedras. Hasta que del grupo de los sixtinos se destaca parsimoniosamente un hombre vestido de gabardina. Anda tranquilo, con la mano derecha metida en el bolsillo. Al acercarse al grupo de los huguistas (3), saca una pistola y dis-

para: Aniano Jiménez Santos, 40 años, vecino de Santander, recibe el disparo que le afecta en el tercio inferior del hemiabdomen derecho (4). Otro huguista le recoge y sus compañeros gritan: «¡Están armados, están armados!». La guardia civil está cerca. Se le pide ayuda y se le solicita que detenga al autor del disparo. Mientras la guardia civil pone orden y dispersa a los reunidos (7 y 8), el hombre alto de gabardina (6) se pierde, rodeado de miembros de su grupo, discretamente. Después se sabría que al señor Jiménez hubo que practicarle una laparotomía operatoria, en la que se observó perforación de colon y rotura completa de vena iliaca. El pronóstico fue «muy grave».

El dramático documento gráfico conseguido por uno de los pocos fotógrafos a los que no les fueron arrebatados los carretes o les rompieron las cámaras, se comenta por sí solo.



la procesión en forma de «S», la comitiva escucha a los sacerdotes oficiantes. Están entonando el «Cantemos al amor de los amores», y toda la montaña empapada se va cubriendo nuevamente por el «calabobos» y el himno religioso.

Don Hugo y su esposa no saben qué hacer porque llegan de arriba gentes histéricas. «Mamá, mamá, ¿dónde está mi hermano?», dice una chica de quince años con el rostro de-

sencajado. Otras mujeres y hombres tratan de acercarse: «¡Carlos Hugo, Carlos Hugo!». Se abrazan, lloran, besan a Irene. La situación es terriblemente tensa. No pueden seguir. En ese momento, los socorristas vuelven a hacerse paso entre la aglomeración para bajar las camillas. ¿Qué ha pasado? Un joven de unos veinte años yace sobre la camilla que atraviesa difícilmente la aglomeración en torno a don Hugo.

No se puede seguir. Sólo se oyen cánticos religiosos y poco a poco llegan boinas rojas desde la cumbre: «¡Han disparado, han disparado!». Entre lloros y susurros apenas se pueden escuchar las distintas versiones aunque al final todas coinciden. Unos cuarenta partidarios de Sixto se habían apostado desde el día anterior en la cumbre de Montejurra, provistos de pistolas y alguna metrallera.



Nada más acabar la octava estación del Vía Crucis, se oyen voces a través de un megáfono anunciando que va a hablar Sixto. Los carlistas protestan y dicen que allí «no habla ese personaje». Se echan hacia adelante, arrecian los gritos y suenan los disparos; unos de metralleta, otros de pistola. En el tumulto la confusión es enorme. Algunos heridos no se dan cuenta de lo que pasa. Todos echan a correr entre los matojos po-

co después de escuchar los disparos:

«De repente se me cayó una chica encima, se levantó y dijo que le dolía la parte de atrás. No sabía lo que pasaba», dice una testigo. Le habían disparado un balazo de caucho en la nalgua y no se había dado cuenta hasta unos minutos después cuando se vio la sangre.

La noticia de los disparos llegaba a don Hugo al mismo tiempo que bajaban las cami-

llas con los primeros heridos. «Son unos cri... los que están hundiéndose al R...», decía don Hugo. Junto a él, su esposa Irene, vestida de falda y blusa blanca jalonada con ribetes rojos. «No se puede subir, nos han llamado hijos de la Pasiónaria y no sé cuántas cosas más», le decían, mientras hombres y mujeres acercaban a sus hijos para que don Hugo y su esposa les saludaran. «Si no seguimos, haremos el acto

aquí.» Pero no se podía seguir. Y no se siguió. Mientras, el sacerdote que oficiaba el Vía Crucis, Joaquín Barbarain, se detuvo en la octava estación para comenzar la misa. Don Hugo hizo un aparte con sus partidarios para decidir qué hacer. El Vía Crucis concluyó aquí. De don Hugo no se ha vuelto a saber nada más.

La mayoría de la gente optó por volverse monte abajo murmurando «slogans» en contra



Don Hugo, en España

A pesar de la prohibición oficial de visitar España, don Hugo llegó a Montejurra acompañado de su esposa. A la izquierda, don Hugo entre correligionarios y su hermana, María de las Nieves. A la derecha, doña Irene



Fotos: Cáliz

el comando ultraderechista en el monte, otros testigos presenciales afirman que algún destacado líder de las ultraderecha española fue visto entre los sixtinos.

Al llegar a la estación de la Telefónica, el secretario del Partido Carlista, señor Zabala, acompañado por la princesa Irene, arengó a los presentes con la ayuda del megáfono, que recientemente había intentado utilizar en vano don Sixto, haciendo votos por la unidad del carlismo «en unos momentos tensos provocados por quienes intentaban ofrecer una imagen dividida del carlismo». Más abajo, en la campa que servía de aparcamiento para autocares y coches, dos compañías especiales de la Policía Armada instaba a los que descendían a que desalojaran la campa en menos de quince minutos.

La mayoría obedeció las órdenes, pero otros siguieron el camino del Santuario de Irache para hacerse con noticias sobre el estado de los heridos. Ya se

de los que ellos llamaban «guerrilleros», «pagados por el Gobierno o por algunos miembros del Gobierno», afirmaban.

Poco después las sospechas se fueron concretando y en Este-

lla fueron presentadas denuncias contra el terrateniente extremeño José Arturo Márquez de Prado y contra Roberto G. Bayod Pallarés, domiciliado en Zaragoza y colaborador de la revista



Foto: Cáliz

A pedradas

Hubo numerosos heridos, algunos graves. La cabeza de este carlista gotea sangre después de recibir una pedrada

LA TRAMPA DEL ABSTENCIONISMO EN EL REFERENDUM

EN los últimos meses la copiosa propaganda de diarios y revistas, y aun de la radio y la televisión, ha popularizado a una serie de líderes de la oposición. El Gobierno debería estar consciente que después de haber permitido esa propaganda ningún proyecto que no sea aceptado por esos líderes resultará viable.

Sin establecer pactos previos, torpeza política de consecuencias que pueden ser muy graves, el Gobierno ha anunciado un referéndum. La respuesta inmediata de algunos líderes de oposición ha sido recomendar el abstencionismo sin considerar siquiera el alcance de la consulta propuesta. Esta posición puede no ser razonable pero es hábil e inteligente. Pedir a los partidarios que voten negativamente supone una acción que reflejaría el número real de asistencias con que cuenta la oposición y que tal vez es más escaso de lo que muchos piensan. Pedir la abstención supone de entrada beneficiarse del 18 ó 20 por ciento de los que por unas circunstancias u otras no van nunca a votar.

El problema en todo caso no

es que el Gobierno haya demostrado su ineptitud, su inmadurez y su precipitación al plantear la reforma sin los precisos y necesarios pactos. El problema es que compromete con su torpeza la estabilidad de la Institución Monárquica, única posibilidad de convivencia libre que tiene este país. La nave del Gobierno navega a la deriva. No hay manos firmes en el timón. Se dan bandazos sin rumbo, en medio de una peligrosa indecisión. Negociar desde la debilidad o la incoherencia significa radicalizar al contrario en sus exigencias. La Monarquía no puede jugarse su destino en manos de quien, sin regatear méritos a su abnegación y esfuerzos en los dos últimos años, ha sufrido un desgaste terrible que le ha dejado sin credibilidad ante la clase política y la opinión pública. Puede ser que, si no se produce la crisis de Gobierno, las cosas salgan bien porque la madurez y la moderación del pueblo español son grandes. Pero puede ser también que nos conduzcan a la catástrofe. Y es éste un riesgo que aparece aconsejable no correr.



«¿Qué pasa?». Los denunciantes les imputan la responsabilidad del mando de los comandos que realizaron los disparos y las agresiones en la cima de Montejurra y en la campa de Irache. En el tiempo de denuncias fueron interrogados algunos periodistas —que pudieron presentar documentos gráficos— y se llegaba a hilar fino: el comando autor de las agresiones estaría formado —si las versiones son ciertas— por cuatro miembros de la triple A argentina (Alianza Anticomunista Argentina), cuatro ex miembros de la PIDE portuguesa, tres italianos de «Ordine Nuovo», dos franceses de «Ordre Nouveau» y cinco extranjeros que vestían de uniforme. Mientras que los huguistas recalaban que desde hacía una semana estaban denunciando los ejercicios de tiro que realizaba

había confirmado la muerte del joven Javier García Pellejero de 20 años y el estado gravísimo de los heridos Fernando Lucas de 36 años, por proyectil en el cráneo, José Javier Nolasco de 19 años, por disparo en los pies y Aniano Jiménez, de 40 años, por arma de fuego, afectando el abdomen. En la Cruz Roja se confirmaba la asistencia médica a otros doce o trece heridos.

Aquí se acabó todo. Tanto en la campa del acceso a Montejurra como en las inmediaciones del monasterio de Irache, la Guardia Civil y la Policía Armada habían tomado posiciones para impedir cualquier manifestación de una u otra tendencia. Al día siguiente, todas las fábricas de Estella amanecieron con las puertas cerradas.

Inmaculada G. Mardones